

“Tiempo con Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Los cristianos son diferentes (Ef. 4:17-32)
(13 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Los cristianos son diferentes (Ef. 4:17-32) (13 días)

Día 1

Ef. 4:17-32; 1.P.4:3

En la primera parte del capítulo 4 el apóstol Pablo había presentado ante sus lectores la iglesia de Jesucristo procedente del judaísmo y paganismo. Él enfatizó en forma especial la unidad de la iglesia y la riqueza de sus dones. Una y otra vez nos asombramos de que la multitud de los dones es un milagro y no imposibilita la unidad, sino que creyentes de distinto origen pueden actuar juntos, por “el vínculo de la paz” (Comp. Ef. 4:3-6; 1.Co. 1:10; Fil. 1:27.) Pablo animaba a cada uno a colaborar de forma activa y constructivamente. Dentro de la iglesia cada creyente puede contribuir con algo.

En la segunda parte del capítulo se trata de la diferencia entre creyentes y gentiles o no creyentes, de su estilo de vida cambiado y la necesidad de renovación continua por el Espíritu Santo. Pablo dirige la mirada en tres direcciones:

- La mirada retrospectiva al paganismo, que habían abandonado.
- La mirada hacia arriba, a Jesús, que los ha salvado.
- La mirada al propio corazón, que muestra la necesidad de santificación completa por medio del Espíritu Santo.

A medida que los creyentes tengan esto en cuenta y piensen en estas tres direcciones, sus vidas serán de bendición para el sano desarrollo de su iglesia. Además tendrán un testimonio auténtico para los de su alrededor. En el versículo 17 se hace nuevamente mención de lo que Pablo ya dijo en el primer versículo de la vida agradable delante de Dios. Pablo aclara a sus lectores quién lo comisionó a dar tales instrucciones: Jesucristo, quien lo ha llamado y autorizado. Por eso, en realidad es el Señor mismo quien habla aquí. Él se comunica personalmente con los suyos, contigo y conmigo (Jn. 4:26). Él quiere decirnos: Tu manera de vivir debe ser diferente a la de los no creyentes. (Lea Col. 3:1-13.)

Día 2

Ef. 4:17-19

En estos versículos Pablo enfatiza en manera cuidadosa y pastoral la diferencia entre los creyentes y los no creyentes. La persona “suelta”, independiente de Dios, quiere vivir bien de cualquier manera, mientras que la Biblia habla de tomar una u otra posición. Son dos posturas totalmente diferentes: O la persona se rige por los preceptos de Dios, o vive según sus propias ideas y conceptos.

Pablo no quiere presionar a nadie. Mas bien declara: Cada persona es responsable por su vida. Nosotros tenemos que decidir, si aceptamos el nuevo modo de pensar o nos quedamos en lo viejo. También debemos decidir en lo que hagamos o dejemos de hacer. (Comp. Jos. 24:15; 2.P. 1:10.)

Antes de hablar de la nueva manera de vivir, Pablo recuerda a los creyentes de las naciones, su vieja manera de vivir que tenían antes de conocer a Cristo personalmente. En el paganismo se vivía alocadamente, en forma ilimitada, sin valores éticos. “En cualquier forma de inmoralidad y brutalidad se manifestaba el paganismo cada día” (F. Rienecker). Ahora Pablo no se queda con la descripción de las realidades oscuras, sino que pregunta por las razones de tales conductas ateas: La cuestión es una mala manera de pensar, que lleva al vacío, una mente empobrecida; a la dureza de corazón e insensibilidad de

conciencia. Pero todos los malos pensamientos y maquinaciones surgen del pecado original, del cual leemos en Gn. 3:1-5. (Comp. Ro.1:21; 1.Co. 2:14; Sal. 115:5-8.)

Pensar según los pensamientos de Dios y vivir correspondientemente, es imposible para el hombre sin Dios (incrédulo); pues todo conocimiento de Dios se origina en el encuentro personal con Él.

Día 3

Ef. 4:20-24; 1.P. 2:9

Si los creyentes orientan su manera de vivir por la de Cristo, en contraste con los no creyentes, la razón no se encuentra en su personalidad especial, sino en su íntima relación con Cristo Jesús. Hemos conocido a Cristo como nuestro Salvador y Señor al cual seguimos en los desafíos de la vida diaria. Su persona, Su amor sincero y Su obrar en nuestros corazones hacen posible una manera de vivir que honre al Señor. (Lea Ef. 3:20.21; He. 13:21.) Vez tras vez debemos confiar en estas realidades. Nuestra conducta y nuestra fe práctica en Cristo están en relación recíproca. Viviendo plenamente en la fe, también encontraremos la conducta adecuada. En cambio si nuestra fe es enfermiza, eso se notará en nuestra manera de ser. La comunión con nuestro Señor se sobrepone a las enfermedades de la fe. Además es impulso y fuente de poder para una vida santa, que se asemejará más y más a Cristo. La relación íntima con Jesús nos ayuda a seguir el camino de separación del pecado y de la vieja vida.

¿Cómo se hará esto? Pablo muestra el camino animando a los creyentes a tener en cuenta lo que pasó al haberse entregado a Cristo. Les recuerda tres verdades fundamentales: Uds. se han despojado del viejo hombre (comp. Ro. 6:6.) – su entendimiento se va renovando (comp. Ro. 12:2.) – se han vestido del nuevo hombre. Pablo utiliza aquí el ejemplo de desvestirse y vestirse. El punto comparativo con la realidad de la vida del creyente es un movimiento continuo: despojarse, vestirse, despojarse, vestirse, ... Ser renovado significa movimiento permanente, repetición activa de aquello, a lo que hemos sido creados. (Lea Col. 3:8-14.)

Día 4

Ef. 4:22-32; 2.Co. 5:17

La rotura radical entre la vieja vida (“pasado”) y la nueva (“ahora”, v.20) incluye un “desvestirse” y “vestirse”: “Como esta rotura se produjo por la fe y el bautismo, los receptores de la carta ya han muerto a su vida anterior (Ro. 6:2), ya se han “despojado” del viejo hombre. Ahora es la cuestión “considerarse muerto al pecado” (Ro. 6:11). Esa “conducta de fe” se manifestará vez tras vez en precisos momentos de la vida. Por eso notamos en la forma gramatical que junto con el indicativo se usa el imperativo: “despojaos del viejo hombre” (F. Rienecker). Porque el viejo hombre ha sido despojado y el nuevo vestido por el nuevo nacimiento: “¡hablad verdad; no pequéis, si estéis enojados, no deis lugar al diablo; no hurtéis, ...!”

Con esto Pablo nos hace ver que el “nuevo hombre creado según Dios” es la única condición para poder vivir según los parámetros éticos de la Biblia, y nosotros seguimos siendo practicantes. El versículo 23 señala que el ser creyente no es algo concluido, como si ya estuviéramos hechos perfectos. Necesitamos una renovación continua. Mientras vivimos en este mundo es así, el creyente está en formación. “Amados, ahora somos hijos de Dios, y

aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1.Jn. 3:2).

Esta esperanza que nos muestra nuestra futura perfección, hoy nos debe animar a exponernos al proceso de transformación a la imagen de Cristo y no evitarlo. (Comp. Ro. 8:29; 2.Co. 3:18; Fil. 3:7-14.)

Día 5

Sal. 116:11; Ef. 4:25

“... desechando la mentira...” Así comienza la lista con los pecados que no concuerdan con el “nuevo hombre”. El que habla la verdad demuestra que ha tenido un cambio en su conducta, desde aquel momento cuando decidió someterse bajo el gobierno del Espíritu Santo. Cuánto le importa a Dios la sinceridad, se nota en la exhortación a una conducta sincera ya en los diez mandamientos. (Ex. 20:16; comp. Dt. 19:18.19; Sal. 119:29; Jer. 8:8; 9:3; 14:14.)

La mentira es el ambiente del “viejo hombre”. No es solo cuestión de callar la verdad o decir algo no cierto. La mentira tiene muchas “variantes”. Por ejemplo se refiere a toda exageración, sea grande o pequeña, como también a torcer un asunto para el propio provecho, decir media verdad, a extender mala fama, a hipocresía, a excusas incorrectas. Nos encontramos fácilmente en el círculo de la mentira y nos enredamos en deshonestidad cuando otros nos desplazan o nosotros mismos no somos sinceros. Podemos dirigirnos a aquel que ha vencido a nuestro viejo hombre y nos ha dado una nueva posibilidad de vencer sobre el pecado.

Llama la atención que Pablo, al mandar: “desechad la mentira” lo hace en relación con el cuerpo de Cristo. Como miembros de este cuerpo estamos unidos con Cristo en un “sistema de circulación sanguínea”. Por eso no tenemos que mentir, sino tenemos que decir la verdad. “Estas son las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo, juzgad según la verdad y lo conducente a la paz en vuestras puertas. Y ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo, ni améis el juramento falso; porque todas estas son cosas que aborrezco, dice Jehová” (Zac. 8:16.17).

Día 6

Ef. 4:25; Hch. 5:1-11

De la iglesia primitiva tenemos un ejemplo muy tremendo de hipocresía. Ahí se ve claramente que Dios es santo y aborrece el pecado porque todo su ser es verdad. Ananías y Safira eran miembros de la iglesia joven en Jerusalén. Los dos eran una carga para la iglesia, pues fingieron amor abnegado. Es un ejemplo clásico entre creyentes que fingen una conducta espiritual para impresionar a otros y seguir sus propósitos egoístas. (Comp. Mt. 6:1-6; 15:7.8; 23:23-28.)

El pecado de Ananías y Safira no era que trajeron solo una parte de toda la suma, sino que se habían puesto de acuerdo conscientemente contra la voz del Espíritu Santo. Además ellos no deben haber pensado que Dios pudiera revelar lo más escondido, los secretos del corazón. (Comp. Mt. 9:4; Mr. 4:22; 1.S. 16:7b.) Si miramos la historia de la humanidad nos damos cuenta que “el desconocimiento de Dios vez tras vez era la razón del fracaso de las personas” (H.-W. Neudorfer). En el caso de Ananías y Safira manifestó Dios su superioridad en que el castigo seguía tras el hecho malo: una señal conmovedora para todos los de

alrededor, especialmente para los creyentes de la iglesia primitiva. El pecado de la mentira es demasiado serio para tomarlo a la liviana. Los creyentes no deben faltar en sinceridad o autenticidad en su conducta y en el trato los unos con los otros. Tanto Dios como nuestros semejantes buscan en nosotros el acuerdo entre el pensar, hablar y hacer. (Lea Dt. 12:28; 1.Cr. 29:17a; Jer. 17:10.)

Día 7

Ef. 4:26.27; Sal. 4:5

“¡Si se enojan, no pequen!” ¿Qué quiere decir? En un comentario bíblico leemos: “Puede pasar que nos molestamos por la conducta de otros, por ejemplo si se pasa por encima de los mandamientos de Dios, si se toma a la liviana el pecado, si se siembra dudas en los corazones respecto a la Palabra de Dios; o viendo como el diablo seduce a personas y ellos caen en desgracia. Entonces no podemos estar inactivos, sin reaccionar. Pero a pesar de la conmoción no podemos alejarnos del amor.”

La ira pecaminosa no debe tener lugar en la vida del creyente. En lugar de disputas airados debe estar el pedón mutuo y una manera de actuar que refleje el amor del Señor Jesucristo.

Esto nos ayudará a examinar los motivos que nos llevaron a la ira. No debemos permitir que la ira, pase de un día al otro, sino quitar el motivo rápidamente. Aquel que “deposita” en su corazón enojo e ira, no solamente se daña a sí mismo y a la comunidad, sino le da lugar al diablo, que origina el caos. La exhortación de quitar rápidamente el motivo de la ira es de querer cuidarnos de la destrucción que llevaría a una duradera controversia: “Si se necesita una charla con el hermano, para reconstruir la paz y comunión, entonces hay que hacerlo rápidamente. Si se puede evitarla, debemos perdonar en seguida. El enojo se agrava, si se posterga y se lleva de un día a otro” (A. Schlatter).

En la vieja Grecia existía una buena costumbre: Si las personas se dejaron llevar al desprecio mutuo, antes de que el sol se pusiera, se daban las manos y se separaban con un saludo. (Comp. Mt. 6:14.15; Mr. 11:25; Ef. 6:23; 1.P. 5:14.)

Día 8

Ef. 4:28; Ex. 20:15; 1.Ts. 4:9-12

“El que robaba, no robe mas.” Literalmente leemos: “El que hasta ahora robaba o tenía esta costumbre”. Pablo se refiere aquí al tiempo de una vida sin Cristo. Ahora hay que abandonar las costumbres de esa vida. Pero el apóstol no se refiere solamente al robo en sí, sino a salir de este terrible círculo vicioso de robo y abandono del trabajo. Por eso Pablo exhorta a ocuparse en el trabajo con esmero, conciencia y sinceridad. Años antes había problemas parecidos en la iglesia de Tesalónica. El apóstol amonestaba firmemente a corrección: Él y sus colaboradores habían trabajado con sus manos para conseguir su sostén para la vida y por eso esperaban el mismo esmero de los miembros de la iglesia. (Vea 2.Ts. 3:7-13.)

“Lo que Pablo hizo para poder predicar el evangelio libremente y no necesitar el sostén económico, debe resultar para los receptores de la carta como una posibilidad de utilizar los recursos para ayudar a otros. Esto es el “bien” que podría también significar el “bien material” (F. Rienecker).

Como la iglesia es el cuerpo de Cristo, donde el dar y recibir mutuo resulta la base de vida, esta "compensación" es la función central de la vida en común. Aquí entra también el compartir con los demás el gozo como la tristeza: "Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan" (1.Co. 12:26). Pero también es necesario como compensación de la necesidad, la abundancia de otros. En primer lugar hay que tener en cuenta a los creyentes con sus necesidades, pero también a los demás: "Hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe" (Gá. 6:10; comp. Hch. 20:35; Tito 3:14; Stg. 4:17; 1.Jn. 3:17).

Para profundizar: El propósito del trabajo, según el concepto bíblico no es el acumular bienes, sino el amor al prójimo. Por eso el trabajo también es una ocupación espiritual.

Día 9

Ef. 4:29; Sal. 34:12-14

A nadie le gustaría vivir con alimentos descompuestos y de mal olor en su habitación. Lo que está descompuesto huele mal. Lo mismo pasa cuando hablamos mal, es como distribuir el mal olor. Pablo dice textualmente: "No debe salir de su boca una palabra corrompida, lo que esparce mal olor." ¿Cómo nos sentiríamos si cada palabra mala esparciera mal olor? En verdad esto no ocurre, las palabras no tienen olor, pero pueden envenenar el ambiente en la familia y en la iglesia. ¿Cuál es el origen de hablar mal? Jesús dice: "Lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre." Leamos Mt. 15:17-20a y 12:34. Estamos muy enfermos de corazón. Por eso necesitamos un especialista de "cardiología", a nuestro Señor Jesucristo. Su medicina es de naturaleza espiritual. Ella produce limpieza, nos fortalece en estar atentos, cuidadosos y tener autodisciplina.

Por el poder del Espíritu Santo podemos practicar cada día controlar nuestra lengua. "Atenderé a mis caminos, para no pecar con mi lengua; guardaré mi boca con freno" (Sal. 39:1; comp. 34:13). Podemos hacer el firme propósito no hablar nada malo acerca de un tercero y no participar en habladurías, ni pasar rumores a otros. (Comp. Mt. 12:36; Col. 4:6.)

Como seguidores de Cristo podemos hablar "buena" palabra en lugar de comentarios malos o innecesarios. Palabras que no destruyen sino que levanten, edifiquen y alegren. Pablo usa la misma expresión como en el versículo 28 (el que necesita). Junto con la ayuda material también se necesita la buena palabra, la que apoya al prójimo cristiano en el momento preciso y en la manera exacta. (Lea Sal. 37:30; Pr. 10:20; Is. 50:4; Lc. 4:22.)

Día 10

Ef. 4:30; Is. 63:10

Pablo nos hizo recordar ya al comienzo de su carta que las personas que hayan confiado su vida a Jesucristo, fueron sellados con el Espíritu Santo (Ef. 1:13). Él marca (con sello de propiedad y para protección) a los creyentes como propiedad de Dios. Ellos son suyos. Y Cristo hizo morada en ellos a través de su Espíritu. Si ofendemos al Espíritu Santo que vive en nosotros, no significa que lo perdamos y que seamos separados de Dios. Jesús mismo prometió a los suyos: "Lo conocen y él permanece en y con vosotros" (Jn. 14:17b). Entonces, ¿qué quiere decir concretamente Pablo con que podemos entristecer al Espíritu de Dios? En Ro. 1:4 escribe el apóstol que el Espíritu Santo santifica a la persona que llegó a ser propiedad de Dios. Él nos ayuda a llegar a ser parecidos a Jesús: bondadoso como Jesús, misericordioso como Jesús, sincero como Jesús, fiel y confiado como Jesús, humilde

y obediente como Jesús. La ayuda del Espíritu Santo se muestra en que Él nos recuerda cómo es Jesús, y qué enseñó; que declara lo que es pecado, nos amonesta, exhorta, corrige y nos consuela; que intercede por nosotros en oración y nos explica la Palabra de Dios. Pero si nos oponemos al obrar del Espíritu Santo, si desoímos su voz, si descuidamos el estudio bíblico y la oración, si desobedecemos a la Palabra de Dios, entonces entristecemos al Espíritu Santo. Con la ayuda del párrafo de Ef. 4:25-32 podemos hacer un test práctico. Tengamos en cuenta al leer el texto, cuáles son las actividades positivas y cuáles las negativas. Entonces nos daremos cuenta qué es lo que honra a Dios y qué entristece al Espíritu. ¿Qué me quiere mostrar el Espíritu Santo a mí?

Día 11

Ef. 4:31; Col. 3:8

Pablo enumera aquí varios aspectos malos del terreno de las agresiones, que deben ser quitados en la iglesia: “amargura, ira, enojo, gritería, blasfemia, toda clase de malicia”. “Los cinco aspectos, con la ira en su centro, están enumerados según su aumento, desde su foco interno hasta la explosión externa, desde la amargura, hacia el enojo, irrupción de ira, gritería hasta maledicencia y blasfemia de otros. Tales expresiones, junto con toda clase de maldad deben ser quitados de la iglesia” (según R. Schnackenburg).

El pecado comienza “invisible” en el corazón, antes de manifestarse en palabra y hecho. Por eso es importante cambiar el “foco interno”, para que no se llegue a la explosión.

Amargura: En muchos casos es el comienzo del desarrollo malo. Ella es “la postura de ánimo que internaliza todo, sea las que fueren las razones, y que nace de la convicción de que uno siempre se siente menospreciado en sus derechos. (Lea He. 12:14.15.) Con esto comienza, porque uno mismo permite en su corazón un ambiente como el que se percibe poco antes de estallar una tormenta. Dando vueltas a los pensamientos amargos, vez tras vez penetran más en tu corazón y tu mente” (F. Rienecker). Amargura tiene que ver con guardar rencor. Llevamos una carga que no deberíamos llevar, y nos sentimos cansados y agotados. Parece como un cuerpo extraño que siempre roza en nuestra alma o como una piedrita en el zapato que molesta y duele. La única ayuda es quitar el cuerpo extraño, para evitar consecuencias mayores. (Lea Dt. 29:18; Hch. 8:23; Col. 3:19; Stg. 3:11.14.)

En lugar de permitir amargura en nuestros corazones con sus terribles consecuencias, podemos mirar a Jesús y tratarnos con bondad, misericordia y con disposición de perdonar.

Día 12

Ef. 4:31.32

De propia experiencia sabemos muy bien que “la vida está completamente llena, hasta los bordes, de situaciones provocativas que pueden llevar a uno a perder la paciencia. No hay posibilidad de evitar situaciones desagradables que nos hacen enojar. Pero para los creyentes renacidos es importantísimo cómo reaccionan. La manera natural, humana es que uno se enoja, tiene un ataque de ira y ofende con palabras fuertes al que lo provocó. Pero cuando un creyente pierde la paciencia, entonces pierde también su testimonio como cristiano. Un creyente enojadizo e iracundo es mala publicidad para la fe” (W. MacDonald).

Pablo nos señala un camino mejor, el camino de la amabilidad, amor y disposición para perdonar. José, el hijo del patriarca Jacob, cuidó con mucho esmero no perder este camino. Llama mucho la atención como atendió a sus hermanos, después de que lo despreciaron,

molestaron, odiaron y maltrataron. Con amabilidad él les perdonó completamente el maltrato que le habían dado. Esto era posible solamente porque se aferraba a Dios en medio de las circunstancias difíciles y angustiosas. Los hombres le habían quitado muchísimo, pero de Dios no le podían separar. (Lea Gn. 45:1-9; 50:15-21.) José no permitió que la aflicción se arraigara como amargura en su corazón. Él había confiado en aquel del cual sabía que hace todo para bien. Dios también nos quiere capacitar a practicar la amabilidad, el amor y la disposición para perdonar. Dios mismo es el Dios del perdón. Lo hizo visible “en Cristo”. Por la cruz de Jesús Dios nos ha perdonado todos nuestros pecados. De este enorme hecho podemos vivir momento tras momento.

Aquel que experimentó este perdón y cuya vida ha sido liberada y purificada de todo pecado y ahora vive la nueva vida en Cristo, no podrá otra cosa mas que perdonar también a su prójimo cualquier ofensa. (Lea Mt. 6:12.)

Día 13

Ef. 4:31-32; Mt. 18:21-35

Pedro tiene la impresión que respecto al perdón uno debe ser muy generoso con el prójimo: “Hasta siete veces”, esto debe ser una medida buena y generosa. Al preguntar a Jesús recibe una respuesta tan sorpresiva que casi hace parar la respiración: “No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.” Esto quiere decir: siempre, vez tras vez. Es un perdón que no acaba, que no actua con rencor por el pecado del hermano, haciéndole recordar una y otra vez la cuestión, sino que actua de la manera de la majestuosa bondad de Dios. Esta es la medida aun por faltas aparentemente pequeñas, pues delante de Dios todos los deudores que no pueden pagar, dependen de su inmerecida gracia.

En la vida práctica nos cuesta actuar así, perdonar una y otra vez: Después de haber perdonado, ¿acaso debemos permitir nuevamente otra ofensa, crítica dolorosa, nueva maldad, nueva calumnia? ¡Cuán fácilmente llegamos a nuestro límite! No logramos nunca, por fuerza propia, cumplir la exigencia de Cristo. Dependemos completamente de Él. Cada vez de nuevo. Y vez tras vez tenemos que recordar que también nosotros vivimos continuamente del ilimitado perdón de Dios. (Comp. Lc. 17:3,4; 2.Co. 2:10; Col. 3:13; Pr. 11:17.)

¿Qué deberíamos perdonar a la otra persona? ¿Quizá una acusación, un reproche? ¿Podría ser una evaluación injusta o el no tener en cuenta mi posición y mi deseo? También puede pasar que alguien pasa por encima mío y yo me quedo en segundo lugar. Puede pasar que alguien abusa de mi confianza o que tuerce mis palabras. Estos no son pequeñeces. A pesar de todo debemos perdonar en forma ilimitada. Jesús no nos deja solos con nuestro problema. Él aclara que Dios está con su misericordia del lado de aquel que perdona. (Lea Pr. 20:22; Fil. 2:5-8.)